

La educación pacifista: el peligro bioquímico

Desiderio Fernández Manjón

Aunque no está ensayado, aun en el aula nos permitimos traer a la reflexión un tema que, desde el punto de vista de la educación pacifista, debe ser tenido muy en cuenta. Parecen vislumbrarse horizontes más despejados, se están dando pasos serios encaminados a conjurar paulatinamente el peligro nuclear en este último año. Al menos, en los cuatro últimos lustros nunca se había producido un conjunto de propuestas y de entrevistas para lograr tal objetivo, al más alto rango, de los responsables de los países más potentes en tecnología bélica nuclear (USA, URSS, UK, Francia, R. P. China).

También respecto del arma química parece que se comienzan a dar pasos para su abandono. Una vez más ha sido la URSS la que ha tomado la iniciativa en este sentido. Fue el secretario general del PCUS quien, en su visita a Checoslovaquia (8 al 11 de abril de 1987), declaró la suspensión de la fabricación de armas químicas por la URSS. Sin embargo, el estado de **investigación y desarrollo del arma bioquímica** se mantiene en secreto, más cerrado si cabe que las otras dos formas anteriores.

Se ha dicho repetidas veces en estos últimos años que el problema fundamental de los tiempos actuales es el de la prevención de la guerra nuclear y el de la destrucción de todos los arsenales nucleares existentes. Absolutizar los términos es peligroso táctica y estratégicamente, porque puede distraer las mentes y desmovilizar las voluntades en relación a temas que, sin entrar en valoraciones cualitativas, tienen una enorme vigencia y cuya envergadura es ingente. Me refiero en concreto a las otras dos formas de armas de exterminio masivo: arma química y arma bioquímica. La primera de ellas es bastante conocida por sus efectos, se comienza a utilizar en las trincheras de la primera guerra mundial con los gases letales, principalmente cloro, y alcanza el paroxismo en el intento norteamericano (una vez más y no debe ser por casualidad nos encontramos con USA en la peor parte) único en la historia de la humanidad, de exterminio de toda la vida, con el fin de acabar, de este modo, con la posibilidad de supervivencia de los guerrilleros comunistas, contaminando intencionadamente los campos de cultivo que los proveían de alimentos y arrasando los bosques que les servían de cobijo y camuflaje y que constituían sus bases fundamentales de operaciones. De este modo lograron los militares norteamericanos destruir más del 40 por 100 del territorio de ese heroico país. «Apocalipsis now» nos da una ligerísima visión de esta hecatombe planificada, quizá más sañuda que la hitleriana en Rusia y Ucrania.

La guerra bioquímica afortunadamente aún no se ha ensayado. De los estragos que pudiera ocasionar nos puede dar una somera visión la enfermedad denominada Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA).

Poca reflexión teórica ha existido en Occidente, hasta ahora, que relacione esta moderna plaga con los devastadores efectos que pudiera engendrar una epidemia provocada con

fines dolosos por algún país contra otro. Otra vez más parece que el peligro nos viene de USA.

Una de las hipótesis que se barajan sobre su origen sostiene que se estaba investigando en laboratorios USA con fines bélicos y que por algún medio o accidente ha existido descontrol y ha salido del ámbito de los laboratorios de ensayo y se ha comenzado a extender por el mundo.

Tanto si es verdadera como falsa, sí que nos permite extraer muchas lecciones didácticas:

- Que con toda seguridad hay (y puede haber en cualquier momento y país desarrollado) experimentos bioquímicos y genéticos que se realizan con fines bélicos de exterminio masivo.

- Que las posibilidades de exterminio masivo y relativamente rápido en amplias zonas geográficas derivado de estos productos son ingentes.

- Que para garantizar un éxito notable a estas armas los investigadores van a implicar alguna parte del cuerpo humano que suele entrar frecuentemente en contacto directo y/o íntimo entre las personas y que implica, de alguna manera, el intercambio de sustancias recíprocamente: sangre, semen, sudor, saliva..., de modo que el contagio sea veloz.

- Que los experimentos son suficientemente sofisticados como para que el antídoto no se pueda descubrir sino en plazos largos, lo que permitiría una extensión considerable del mal.

- Que debido a la enorme versatilidad que el material genético posee (basta pensar en las innumerables claves diferentes del código genético de los ácidos transmisores de la herencia ARN, ADN), contrariamente a la rigidez y linealidad de los otros materiales sobre los que se construyen los otros tipos de armas de exterminio masivo, es posible desarrollar muchas y muy diversas armas bioquímicas, de forma que la investigación de los antídotos sea aún mucho más difícil y por tanto el exterminio sea garantizado.

- Que dada la gran interconexión entre los pueblos en la actualidad, el mal puede extenderse con gran rapidez a muchas naciones y pueblos del mundo, excepto a aquéllos que por estar prevenidos o poseer buenas condiciones de control sanitario, puedan crear barreras profilácticas para no verse afectados por el exterior.

- Que entre los supervivientes de una catástrofe de estas características se crearán grandes prejuicios que conducirán a un notable aislamiento, recelos y discriminación de estos seres inocentes e indefensos afectados.

- Que en la mentalidad de muchos «señores de la guerra» cabe utilizar cualquier forma de exterminio masivo y ellos, bien advertidos y pertrechados por anticipado, pretenderán sobrevivir a este cataclismo. En este sentido, la posibilidad de supervivencia de una élite sería, al menos sobre el papel y para determinadas epidemias, perfectamente válida con esta nueva arma, algo que, sin embargo, se está viendo que es totalmente inviable respecto del arma nuclear.

De todo esto debiéramos extraer otra gran lección: que la investigación tecnológica, en su más amplio sentido y cualquiera sea el ámbito de realización (ya sea la empresa privada, ya la empresa pública), **debe ser transparente**; por tanto, han de arbitrarse medidas que garanticen la inspección de cuantos programas afrontan los gobiernos y las empresas. Pero esto se halla en total contradicción con el estado actual de la cuestión, los gobiernos muestran mucho celo y gastan cuantiosos fondos para garantizar el sigilo en los campos de investigación en general y de armamento en particular, y no se queda atrás en estas tareas

la empresa privada. Por otra parte, el sistema sociopolítico y económico en que vivimos (el capitalismo) ha elevado la categoría **libertad de iniciativa** (es decir, la de la empresa privada) a los niveles más altos de inaccesibilidad, ni los otros particulares, ni siquiera los propios gobiernos, tienen derecho a vulnerar el más grande principio sobre el que se orienta este sistema. Por tanto, y mientras por el bien general no se le infrinja algún recorte, es imposible conocer las investigaciones que cada empresa desarrolla. Indudablemente tenemos por delante una tarea que se opone a la esencia del funcionamiento de casi la mitad del mundo. ¿Hay algo más arduo? La casi totalidad de los programas de investigación militar y paramilitar que realizan las empresas privadas dependen de algún modo de los proyectos y programas de los gobiernos que los controlan. Dependen de sus generosas subvenciones, dependen de sus orientaciones, dependen de los pedidos que les haga el Gobierno. Sin embargo, hay que temerse que estas empresas desarrollen programas ultrasecretos que escapen a los gobiernos y de los que pueden lograr algún día buenos dividendos. El caso del derrocamiento de la Unidad Popular Chilena (11-9-1973) es un ejemplo de ello. No hay que olvidar que varias de estas empresas mueven más capital que el PIB de la casi totalidad de los estados del mundo. Y también han demostrado, a lo largo de la historia, que no son proclives a los escrúpulos.

Parecería como si el día que fuese posible por uno u otro medio el conocimiento de los programas de investigación de todas las grandes y medianas empresas privadas y fuese posible realizar sistemáticamente un seguimiento, todo el sistema de libre empresa se vendría abajo. Y, sin embargo, es grande el riesgo que tenemos de ser exterminados por programas que se desarrollan o se desarrollarán en el completo sigilo. Los estados independientes proclaman a toda voz el derecho a la gestión interna impune: principio de no injerencia en los asuntos internos. Cuanto más los particulares, las empresas privadas.

Del mismo modo que la investigación nuclear y el armamento nuclear en muchas de sus facetas ya no constituye un secreto insondable para algunos grupos no profesionalizados, siendo éstos capaces de conocer muchos temas relacionados con ello (peligros posibles en las centrales nucleares, detección de síntomas, conocimiento de efectos, localización de silos nucleares, tipos de armas nucleares...), se han creado centros paralelos de investigación y seguimiento de estos asuntos e incluso se han creado programas de iniciación en ellos tanto en niveles superiores (cursos, simposios, seminarios permanentes, universidades de la paz) y a niveles básicos y medios (se introduce estos conocimientos en los currículos escolares); habrá que ir creando una investigación paralela en torno al arma bioquímica: descubrir tipos de programas que se están desarrollando, conocer los principales descubrimientos realizados y los ensayos llevados a cabo, países y compañías que tienen programas, objetivos que persiguen con ellos... De modo que se haga vulnerable dicho sigilo y permita extender estos conocimientos y desarrollar la concienciación sobre los peligros que de ello se derivan. Estos programas paralelos producen notables impactos sobre los gobiernos, empresas y fundaciones, ya que desenmascaran a ciertos técnicos y a otros los ponen sobre aviso de algo que desconocían por trabajar sectorialmente y no poseer la visión global del programa en el que encaja su investigación.

Por lo demás, todos los ciudadanos tenemos derecho a conocer el destino del dinero de nuestros impuestos y oponernos a que se utilicen directa o indirectamente contra nosotros. Con la desobediencia fiscal se logra muy poco, dado el considerable montón de los impuestos directos e indirectos que son ineludibles, mal que nos pese, y que pueden ser destinados a los fines más detestables.

Lo que sí está claro es que mientras no haya un control democrático (en sentido de democracia directa) y en tanto la ciencia avance a pasos agigantados, los medios

tecnológicos que va a poner el hombre, tanto a su servicio como con fines de aniquilamiento, son mucho mayores y que quizá el peligro nuclear dentro de unas décadas haya pasado y en cambio medios de destrucción masiva mucho más refinados, selectivos y pulcros estén ya maduros para ser utilizados. Quizá, y si no se remedia por la vía indicada, nos hallemos en la edad de piedra de la destrucción masiva de seres humanos. Las armas bioquímicas serán, sin lugar a dudas, más avanzadas que las nucleares.